



Desde lo ritual a la modernidad: arte de Sudáfrica

MIGUEL ÁNGEL MUÑOZ

El escritor John Carlin decía “que la culpa es buena materia para un novelista”, pero, creo que también para el arte. Carlin hace referencia a los dos grandes escritores y Premios Nobel de Sudáfrica Nadine Gordimer y J. M. Coetzee, para entender todo un proceso de pasado y presente de dolor cultural, político y de racismo, en un continente lleno de contrastes y de identidades múltiples. Pero África es más que una idea: la negritud ha sido humillada desde hace 500 años y durante las últimas décadas la depauperación ha sido tal que su población corre el riesgo de verse en vías de extinción: hambre, enfermedades, plagas, desertización, corrupción, guerras... Una situación de urgencia que convierte la práctica cultural en una cuestión de supervivencia: y que explica que ya sean norteafricanos o afrikaners, desde “aquí” o desde “allá”, intelectuales y artistas están abocados a expresar África: sus leyendas, su presente y su exigencia de un porvenir.

En momentos diferentes, tuve la oportunidad de ver dos muestras claves sobre el arte contemporáneo de Sudáfrica. La primera, fue en Madrid hace un par de años en La Casa Encendida, donde todas estas razones, recogidas en el comisariado de Danielle Tilkin, justifican de sobra la utilización del concepto geográfico. Se propuso una importante panorámica de las sucesivas generaciones, desde la mitad del siglo XX hasta hoy, con una veintena de artistas.

La segunda, fue en Barcelona, en el Centro de Cultura Contemporánea, cuyo eje temático fue plantear un recorri-

do por el *Apartheid* en Sudáfrica, por los orígenes, historia, enfrentamientos y desenlace de uno de los episodios más repudiables de la historia reciente, recordarlo y dar a conocer un escenario que fácilmente olvidamos, es, de entrada, algo más que destacable. La cosa se podía haber quedado ahí, mostrando el fenómeno en la distancia, dejándonos cobijados bajo exclamaciones tipo “¡Cómo se pudo permitir que llegase a suceder algo así!”. Pero es la gran virtud de *Apartheid. El espejo sudafricano*.

Un panorama general de ambas muestras, nos adentró a conocer más de cerca lo que pasaba en aquel continente “complicado” y lejano de occidente. Los “maestros”, catapultados a su ingreso en el sistema institucional y mercantil occidental desde aquella primera exposición *Les Magiciens de la Terre* (París, 1989): algunas de las pequeñas cartas dibujadas por Frédéric Bruly Bouabré (Costa de Marfil, 1923), que muestran su visión del conocimiento africano y universal, desde que le fuera revelado su destino en 1948; la pintura satírica de Chéri Samba (Kinshasa, 1956), que es el producto más acabado y reflexivo de la tradición de carteles publicitarios en la África subsahariana; las maquetas utópicas de su compatriota Bodys Isek Kingelez (1948); y entre los grandes, no podía faltar el sudafricano William Kentridge (1955), del que se muestra el vídeo *Ubu Tells the Truth* (Ubu cuenta la verdad) (1997), acerca de la vergonzosa “Comisión de la verdad y la reconciliación” y que resulta especialmente político al intercalar fotografías y material documental. Kentridge es ahora uno de los artistas más reconocidos y aclamados del escenario internacional pero a mediados de la década de los noventa era un auténtico desconocido en el mundo del arte contemporáneo. Lo más probable es que esto se deba al boicot casi global al que ha sido sometido el país sudafricano en el periodo tardío del apartheid o, simplemente, por esa prepotencia que durante siglos ha mostrado el arte occidental ignorando todo lo realizado más allá de sus fronteras. Con la apertura de miras hacia la creación de otros rincones, la obra de Kentridge emergió a finales de los noventa en el panorama internacional con una obra coherente y de gran atractivo visual.

Porque desde mediados de los noventa Kentridge ha participado en muchas de las grandes citas artísticas, desde las Documentas X y 11, hasta las Bienales de Venecia y La Habana. En España, el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona le dedicó una interesante exposición en 1999, y hace unos meses el Museo de Arte Moderno de Nueva York, presentó una excelente muestra de su obra, para ser sin duda, uno de los más grandes artistas de la segunda mitad del siglo XX.

Entre las generaciones que tuvieron que desaprender la estética occidental enseñada en las escuelas de arte y como autodidactas buscaron sus raíces, destaca *El gran baile*, círculo simbólico de la comunidad con ramajes invertidos y anudados de Moustapha Dimé (1952-1998), y la capilla del también senegalés Viyé Diba (1954), una instalación originada a partir del programa "Le Débat Africain" e inspirada en el relato de las misas católicas nocturnas con el fin de disimular la desnudez, que quizá en esta ocasión acusa excesiva teatralidad.

La persistencia en trabajar con el concepto de negritud a partir de la reflexión de la utilización de la luz, es igualmente sólida y fértil en la obra de artistas residentes y en la de los exiliados de las "áfricas indóciles" tras el poscolonialismo: en el fotógrafo Tohuami Ennadre (Casablanca, 1953, vive en París), con su serie de retratos en Nueva York (*La luz es el acto que conduce al negro más profundo*) y en los dibujos sobre papeles de revelado fotográfico quemados por el sol de Soly Cissé (Dakar, 1969), que pretende invertir con su gráfica y escenas fantasmales la invasión mediática de las pantallas televisivas. También, una táctica de supervivencia cotidiana, como es allí el reciclaje, sirve para construir las pinturas de Moshekwa Langa (Sudáfrica, 1975, vive en Amsterdam), con esos plásticos de desecho que inundan los paisajes africanos, y la gran instalación *Pièce montée (Tarta nupcial)* de Romuald Hazoumé (1962, Benin), cuya monumentalidad no debe distraer de la contextualización con las fotografías que la completan, en ese continuo ir y venir con bidones por África.

No fueron, por supuesto, exposiciones que trazaron una historia del arte sudafricano. Más bien, creo, fueron muestras culturales, políticas e históricas que, ilustraban un momento clave del arte contemporáneo y su difusión no

sólo en las grandes citas europeas, sino también en las galerías de mayor prestigio. Un despegue que tiene mucho que ver con la difusión de los escritores como Nadine Gordimer, J.M. Coetzee, André Brink y Alan Paton, que han logrado un impacto global.

Hoy, no todo es fútbol en Sudáfrica, es importante volver los ojos al GRAN arte y a la GRAN literatura de este continente "ignorado" y "humillado" por años, y descubrir en sus creadores la evolución del concepto de racismo, el mismo *Apartheid* y la situación actual, que tenemos hoy gracias a sus creadores con un excelente registro fotográfico o videográfico, apoyada en multitud de textos que explican cada una de las fases históricas. Ahí está, pues, uno de los continentes más ricos en literatura y arte, no sólo en fútbol -hoy día, mañana será historia-, pero que hay que descubrirlo

miguelamunozpalos@prodigy.net.mx



Patricia Gorostiza